

UN RATO DE ELLA PARA ELLA

Al constatar que casi eran dos horas más tarde de lo habitual, Maite pensó que el nuevo horario de verano tuvo algo que ver y que, no por mucho madrugar, se despierta más temprano. Es el momento en que suele musitar en modo oración los versos de Gabriela: “en este nuevo día que me concedes, ¡oh Señor!, dame mi cuota de alegría y haz que consiga ser mejor”.

Se distrae pensando en que no tuvo el privilegio de escuchar los trinos al amanecer y, casi, lo olvida. La verdad es que en ese momento y durante su infaltable desayuno en cama, los pájaros han cantado como siempre.

Mientras toma su té, muy feliz, orgullosa y sonriente rememora algo que nunca pudo imaginarse... sus zapatos de vestir bailarían por primera vez una polka de nuestro folclore. Se los prestó a su nieta para su próxima presentación en fiestas patrias. Cuando la chiquilla los vio, casi no podía creer que cumpliesen los requisitos de taco terraplén, color negro y tira cruzada por sobre el empeine con hebilla plateada. Mientras los miraba por todos lados, exclamó... “¡nadie podría tener estos zapatos de vieja... sólo tú... gracias, gracias, gracias!”. Bueno, pensó Maite... ahí están, y si van a bailar, magnífico, más vale tarde que nunca.

Programa su quehacer hogareño y rápidamente se pone manos a la obra. Tatarea los versos de Mijares “Que es mentira que no existe la muerte cuando hay amor”. Le gusta demasiado. La considera una muy bella canción a pesar de sus profundas tristezas y no le afecta cantarla... total, quién canta sus males espanta. Busca la aspiradora y trabaja rápido. Quiere terminar cuanto antes, darse una manito de gato y salir a la buena de Dios, sin rumbo fijo, pero conocido. Escucha la tele y una vez

más piensa que los medios informativos no cesan su incandescencia noticiosa. Necesita cambiar de ambiente, quiere respirar un aire más promisorio.

El sol alumbra después de algunos días ausente y, aunque apenas tempera con su tibieza de invierno, hace que todo se vea más bonito. Está segura que, además, le proporcionará su dosis de vitamina D.

Llega a la plaza de siempre y, como siempre, está envuelta en el griterío de montones de loros argentinos apropiados de sus enormes eucaliptus. Coge algunos de los mentolados coquitos que esos árboles esparcen por doquier con la idea de dejarlos en su baño como aromatizante natural. Se pregunta, nada que ver, si este verano regresarán los chinches del arce.

Mientras tanto, funcionarios municipales, hombres y mujeres inmigrantes, hacen su trabajo. Insiste en pensar que la historia del mundo está hecha de migraciones desde el inicio de los tiempos, internas e internacionales y que, ignorarlas o considerarlas algo nuevo, contribuye más a la problemática que a la solución de los problemas de quienes llegan y de quienes los reciben.

Se dirige a su escaño preferido; está disponible a esa hora. Ve venir un hábil joven que trae cinco o seis perros -de un variopinto de razas- con todas sus correas en una mano. Cada uno se comporta como el perro del hortelano que no come ni deja comer. Ladran a diestra y siniestra y unos con otros se apelotonan como sardinas en una lata. Parecen convencidos que, a río revuelto, ganancia de pescadores.

Ese lugar no sólo le parece un buen lugar para renovar energías, sino que además es testigo de su ayer, su hoy y su mañana. Ahí es donde se ejercita en rescatar lo bueno de su vida, sus relaciones, su país, las personas, su espíritu. Es donde piensa

que, ante una situación difícil, lo mejor sería si sus ideas y actitudes pudiesen morir ante cada hecho y, luego, renacer desprovistas de juicios y prejuicios. Ahora más que nunca, desea el don la comprensión y la capacidad de comprender (palabra mágica para ella) a fondo para no quedarse pegada en la superficie. Sigue anhelando ser una mujer nueva con una mirada enriquecida por la de otros.

En un breve paréntesis, su memoria retoma los perros que había visto y piensa que el creciente interés en humanizar mascotas es en alguna medida, signo de los tiempos. Una idea la lleva a la otra y desde su memoria reaparece la popular frase de Mafalda (el exitoso personaje de Quino de por allá por los años 60) “paren el mundo que me quiero bajar”. Se repite a sí misma que en esta etapa de su vida le gustaría que “parasen el mundo para poder subirse”. Le causa risa caer cuenta que los loros y Mafalda eran productos argentinos y, con toda intención, repite la letra del tango “Cuartito azul” (éxito indiscutido de los años cuarenta) que su padre cantaba los domingos mientras hacía las camas de su gran casa.

En ese escaño también le es recurrente pensar en la muerte. Y de nuevo, al pensar en ella, su mente y corazón se llenan de música. Una vez más los sonos de “El mundial del 62” y “Gracias a la Vida” la movilizan por dentro y por fuera y de pie a cabeza. Todo el tiempo siente que la primera le transmitió mucho de lo que ese evento significó para el país más allá de llegar a ser “los terceros campeones mundiales”. La motivación del “no tenemos nada, pero lo queremos todo” fue potente a sus 16 años. Le enseñó que según las oportunidades y bajo cierta disciplina, todo puede ser posible. Piensa en ella, hijos, nietos y se dice... you did it...

En cuando a la canción de Violeta, siempre la ha considerado un verdadero himno al amor. Siente gran admiración por esa mujer chilena que, desde su enorme y dolorosa felicidad de amar tanto a esos franceses ojos claros, pudo extender en verso y rima su felicidad por la vida y por toda aquella gratuidad que, sumando y restando, permite vivirla y sobrevivirla.

Sonríe y vive su sonrisa como la experiencia de oler los fragantes azahares de su naranjito de terraza. Emocionada, toma conciencia de cuánta gratitud debe también a su frágil y bello cuerpito. Considera que es lo más bello, lo más extraordinario y lo más leal que tiene. Cercano a la cuarta edad, todavía cumple con la mayoría de sus funciones y no padece de enfermedades serias. Maite siempre comenta, riéndose, que sus equilibrios en un pie y poder enhebrar -a la primera- una aguja de ojo pequeño son sus mejores indicadores de buena salud.

Sin mediar nada consciente, siente que una repentina y feroz punzada impacta bajo sus costillas al lado derecho. Con una mano encima de la otra y ambas sobre el lugar afectado, ruega a su cuerpito que se calme, que no se estrese, que no hay mal que por bien no venga, que irá a casa y que le prestará toda su atención. Hará respiraciones profundas y lo dejará descansar.

Espera un rato prudente y decide regresar. La ven entrar como siempre... Tatarea a Elvis Presley en los versos en alemán que grabó de "Wooden heart" cuando hacía su servicio militar en Alemania: "Muss i denn, muss i denn zum...". Se prepa un tecito, eterno rival de la radio como su mayor preferencia en lo cotidiano, y lo lleva al dormitorio. Se recuesta. Amaina su dolor, pero a veces, la puntada casi le quita el aire. Siente que su bello cuerpito sufre.

Enciende la tele y en una película danesa -donde la vida diaria de la gente se desarrolla igual que acá entre penurias y logros o felicidad- se mostraba a los pescadores recibir su paga en efectivo dentro de un sobre. Era imposible que no recordara sus primeros años laborales con igual práctica. Más adelante, su protagonista se explaya sobre el gran, sólido y perdurable puente que las canciones construyen entre autor, intérprete y las personas.

Maite piensa que siente algo similar y que las canciones no sólo acompañan, sino que llenan muchos espacios de su vida y de la de muchos otros... que, como otras tantas expresiones humanas, son creaciones que permiten consolidar historia y memoria... personal y colectiva...

El dolor ni siquiera la deja beber un sorbo de té. Se va y vuelve. Ella respira a ese ritmo hasta que su intensidad, como en la canción, lo convierte en “un disparo al corazón”; en breves instantes, se apropia de todo su aire. Su cara recupera la delgadez, dulzura y rugosidad que el dolor había transformado, pero permanece inmóvil. Sus canas salpimentadas (pelo marmoleado, diría ella) mantienen el ondulado de siempre. Sus anteojos caen al suelo... y desde ese instante, nada seguirá siendo lo mismo para quienes estuvieron o están con Maite.